

9

**Las ánforas norteafricanas
del Monte Testaccio (Roma): tipologías,
cronologías y zonas de procedencia**

Víctor Revilla



Víctor Revilla

Universitat de Barcelona - CEIPAC

1 Introducción

La interpretación de las relaciones entre una secuencia estratigráfica y los depósitos cerámicos que contiene plantea numerosas dificultades en el proceso de investigación arqueológica. Estas dificultades son mayores en aquellas situaciones en las que la composición de los depósitos está determinada por mecanismos específicos de gestión, relacionados con una intención precisa, y cuando, además, el material depositado ha sido seleccionado de forma rigurosa. Uno de estos casos es el Monte Testaccio, una colina situada al suroeste del Aventino, muy próxima al río Tiber y dentro del espacio que delimitaría la muralla de Aureliano a partir del tercer cuarto del siglo III d.C. (Fig. 1) Su altura sobre el nivel del mar es de 50 m, aunque hoy en día tan sólo se eleva a unos 35 m sobre el nivel de la calle (Fig. 2). De forma irregular, tiene un perímetro aproximado de 1.400 m y ocupa una superficie de 22.000 m² (Rodríguez Almeida, 1984). La colina se sitúa en las proximidades del complejo portuario de la llanura subaventina, junto a los grandes almacenes (*horrea*) que se fueron constituyendo en esta zona desde el siglo II a.C. (Aguilera, 2002). La aparición y desarrollo de este complejo logístico, que se extendía por ambas orillas del Tiber, se relaciona con las necesidades crecientes de una ciudad que asumió la condición de capital imperial y que concentró una población en rápido aumento, que pudo llegar, en época del principado, al millón de habitantes. La particularidad es que esta colina es artificial, ya que su formación es el resultado de la acumulación, a lo largo de unos tres siglos, de sucesivos depósitos de ánforas desechadas tras su uso y transportadas allí desde los almacenes del puerto.



1. El Monte Testaccio y el complejo portuario de la llanura subaventina (Aguilera, 2002, fig. 7)



2. Vista aérea del El Monte Testaccio (A. M. Ramieri, en *Testaccio IV*)

Las excavaciones en el monte remontan a 1872 y es mérito del arqueólogo alemán H. Dressel haber atraído la atención sobre la originalidad e importancia de este yacimiento. En concreto, fue Dressel quien, aplicando un método de trabajo riguroso, definió la naturaleza del lugar y el material que contenía: un inmenso depósito-vertedero, perfectamente ordenado, de materiales de desecho. Este material consistía, de forma prioritaria, en ánforas de aceite procedentes de la Bética, pero también se identificaron ánforas originarias de otras provincias romanas; en especial, las situadas en el norte de África. El interés de estos recipientes radicaba en la presencia sistemática de un complejo sistema epigráfico, formado por inscripciones pintadas, impresas o grabadas, que proporcionaba datos relacionados con la circulación de ciertos productos alimentarios (Dressel, 1878). Dressel se apercibió rápidamente del valor de estos datos para entender los mecanismos administrativos y económicos utilizados para el abastecimiento de la Roma imperial y su trabajo, recogido en el volumen XV del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, constituye el punto de partida para todos aquellos investigadores que han pretendido analizar las relaciones entre economía y estado romano, o la naturaleza de la estructura y el funcionamiento del Imperio. Con posterioridad, algunos arqueólogos se ocuparon esporádicamente del Testaccio, pero no fue hasta los años 70 del siglo XX cuando, gracias al trabajo de E. Rodríguez Almeida, el monte volvió a atraer la atención científica. Su esfuerzo y el de otros investigadores, que se integraba en un movimiento más general de interés por la economía y la cultura material romana, se ha concretado, a partir de 1989, en un proyecto de excavación sistemática a cargo de una misión española. Este proyecto, actualmente en curso, está dirigido por los profesores J. M^a. Blázquez y J. Remesal. Los resultados de los trabajos realizados hasta el momento se recogen en una serie de monografías (Blázquez *et alii*, 1994; Blázquez y Remesal, 1998-2010; una síntesis de los resultados del proyecto de estudio y del valor de la documentación epigráfica del Testaccio para analizar las estructuras políticas y socioeconómicas del Imperio Romano en Remesal, 2011). Junto a estas, se ha generado una abundante producción científica en forma de artículos en revistas especializadas, comunicaciones a congresos y tesis doctorales¹.

La reflexión sobre ciertos aspectos de la economía romana, en concreto, sobre la producción y distribución de bienes de gran demanda como el vino y el aceite, estimularía, a su vez, el desarrollo de gran número de estudios so-

¹ Estos trabajos se pueden consultar en la web del Centro para el Estudio de la Interdependencia Provincial en la Antigüedad Clásica (CEIPAC): <http://ceipac.ub.edu>.

bre la fabricación de envases de transporte (una actividad artesanal asociada de formas diversas a la propiedad rural), sus tipologías y sus sistemas epigráficos (un estudio pionero en Callender, 1965)². A partir de esta renovación documental se intentó muy pronto definir la entidad cuantitativa y cualitativa de un fenómeno de difusión muy vasto, cuyo significado se valoró desde perspectivas muy diversas y, en ocasiones, radicalmente opuestas: bien como demostración de la existencia de una economía de mercado, regida por unas estructuras similares a las del moderno capitalismo, bien como expresión de formas de acumulación y redistribución de excedentes determinadas por las necesidades estatales. Estas valoraciones diversas se convirtieron en un elemento central en el debate sobre la naturaleza misma de la economía romana; un debate cuyos postulados y posiciones actuales han asumido un carácter más matizado. El impulso paralelo de los estudios sobre el hábitat rural y el territorio, a partir de la década de 1970, ha contribuido a una mejor comprensión de la entidad de estos procesos de la distribución y el consumo de productos agrícolas y de su impacto sobre la evolución global, social y económica, de ciertas regiones de Hispania (por ejemplo: Ponsich, 1974-1991; Gorges, 1979; Revilla *et alii*, 2008-2010).

2 Las características del Monte

El Monte Testaccio es, en primer lugar, un vertedero especializado. En él se acumularon, de forma prioritaria, ánforas destinadas a ciertos productos; o, mejor dicho, a un producto específico: el aceite. Como vertedero, su constitución y evolución responden a los procesos de captación y redistribución de productos alimentarios controlados por el estado romano de diversas formas para abastecer la población de la capital y al aparato administrativo y militar (Remesal, 2011, con bibliografía exhaustiva). Estos procesos, que implican un esfuerzo administrativo notable, se relacionan con las necesidades políticas e ideológicas de una superestructura estatal; en particular, con la función y la imagen de un nuevo poder personal que surge con Augusto: el *princeps*. Este poder afirmaba gran parte de su autoridad y su legitimidad en la creación de un vínculo privilegiado con la plebe de Roma, privada de participación polí-

² El interés por el estudio de las ánforas y sus sistemas epigráficos se aprecia en el número de coloquios dedicados, en los últimos años, a la cuestión; entre los más importantes pueden citarse: AA.VV., 1972, 1977, 1980, 1983, 1988, 1989 y 1998b; D'Arms y Kopff, 1980; *Amouretti y Brun*, 1993; Laubenheimer, 1992, 1998; *Epigrafia della produzione e della distribuzione. Actes de la VII Rencontre franco-italienne (Rome, 1992)*; Harris, 1993; García y Bernal, 2000; López Mullo y Aquilué, 2007; Prevosti y Martín, 2009.

tica a partir de los emperadores julio-claudios, pero todavía consciente de su importancia como heredera de la antigua ciudadanía republicana. Como resultado de esta consciencia, la plebe afirmaría su presencia en la vida pública de la capital de formas diversas a lo largo de época imperial y establecería canales de comunicación con el poder de los emperadores que implicaban, entre otros factores, la existencia de un circuito de prestaciones y redistribución de bienes.

Los procesos de distribución de alimentos generaron la aparición de mecanismos administrativos, todavía insuficientemente conocidos, de intervención y gestión sobre diversos ámbitos de la economía: en la producción (como propiedades imperiales dispersas por todo el imperio que se explotaron de formas diversas); en la adquisición del producto (compra en el mercado libre, fiscalidad, requisiciones); o en los circuitos de transporte (incentivados de varias formas mediante privilegios para los comerciantes privados); para finalizar con el reparto entre una parte de la población de la capital. Estos mecanismos se gestionaron desde un organismo específico: la *Praefecturae annonae*, creada por Augusto y de la que existen evidencias hasta el final del Imperio. Este sistema se combinaría con la dinámica de un mercado libre que juega un papel muy importante hasta los siglos IV y V d.C. La gestión global del abastecimiento de Roma, especialmente los aspectos relacionados con las necesidades estatales, ha dejado una evidencia importante en forma de documentación jurídica, literaria y epigráfica, que ha sido utilizada por cuantos investigadores se han dedicado a la cuestión (Pavis d'Escurac, 1976; Remesal, 1986, 1997, 2002 y 2008b; síntesis general en Sirks, 1991). Al conocimiento de estos procesos contribuye el estudio de las ánforas recuperadas en numerosos pecios, en el puerto marítimo de Roma (Ostia) y en la propia capital (ánforas y abastecimiento de la capital en: Panella, 1985, 1986, 1993 y 1999; Rizzo, 2003).

Como se ha indicado, la formación del Testaccio es el resultado de una sucesión, regular y a gran escala, de descargas ordenadas y controladas de ciertos materiales; en concreto, de recipientes de transporte de líquidos que no se reutilizaron (o que no se podían reutilizar) una vez vaciados. Y las dimensiones del monte muestran la enorme entidad del proceso de distribución de aceite; aunque sólo en parte. La cifra de ánforas depositadas en el lugar se ha evaluado de formas diversas. La propuesta más reciente, basada en cálculos gravimétricos, es de unos 25 millones de recipientes. Este cálculo correspondería a un volumen de 550.000 m³, que se corresponde con una masa de 742.500.000 kg y una densidad media de 1.350 kg / m³ (Aguilera, 2002: 207).

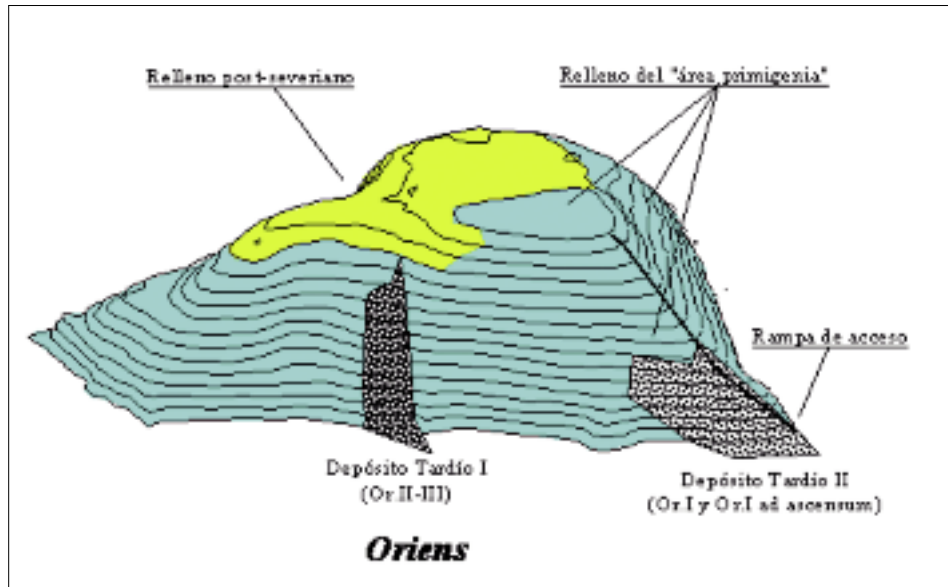
A esta cifra habría que añadir una cantidad (no evaluable) perdida como resultado de todo tipo de acciones antrópicas (extracciones, destrucciones), producidas hasta el siglo XX, que han afectado especialmente al lado occidental de este gigantesco depósito.

El volumen de material acumulado refleja, igualmente, la duración del fenómeno; pero también en este caso de forma parcial. Los datos actuales permiten situar el periodo de uso del lugar entre finales del siglo I d.C., con los emperadores flavios (una cronología aportada por las inscripciones sobre ánforas más antiguas recuperadas hasta el momento), y mediados del siglo III. Pero para algunos investigadores el lugar pudo haberse utilizado ya a inicios del Imperio. La lógica política y administrativa del régimen instaurado por Augusto, así como la preocupación bien conocida de este emperador por el abastecimiento de la capital, justificaría perfectamente situar los inicios del Testaccio en este momento. Sin embargo, los datos disponibles son insuficientes para resolver la cuestión. Se ha propuesto, incluso, una fecha anterior, en el último siglo de la República, en el contexto de las luchas políticas del periodo y de las preocupaciones de algunos de los protagonistas (Pompeyo, César) por conseguir apoyos entre la plebe (un análisis sistemático de la cuestión en Aguilera, 2002: 208-209).

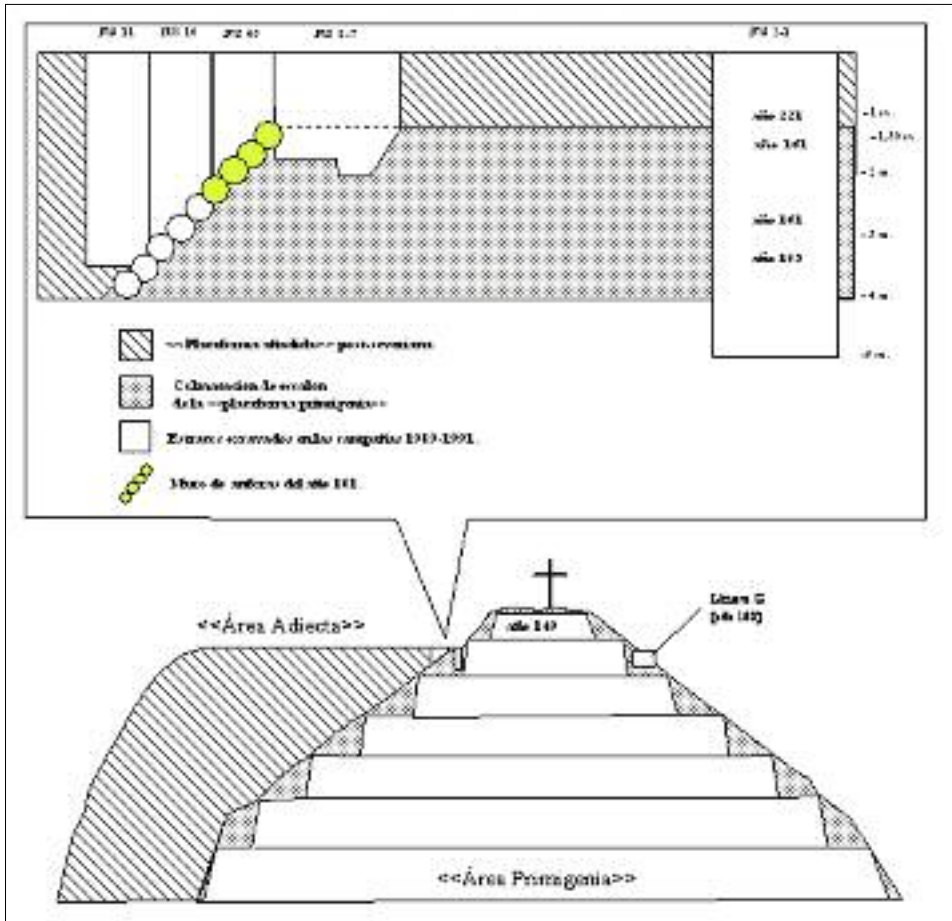
Existen diversas hipótesis sobre cómo se habría formado el monte, que no puede imaginarse como una simple sucesión de descargas cuyo resultado habría sido la progresiva elevación hasta formar una especie de montaña con una forma piramidal simple. Tomando como base el trabajo de H. Dressel, E. Rodríguez Almeida propuso, en su momento, la idea de una serie de acumulaciones realizadas en diferentes épocas:

- La primera, que podría ocupar un área de 150 x 300 m, se habría constituido desde un momento inicial impreciso hasta mediados del siglo II d.C. (con posterioridad, se ha precisado la fecha: hacia el año 149).
- La segunda acumulación, a occidente y junto a la anterior, se generaría entre mediados del siglo II y el primer tercio del siglo III (concretamente hasta época del emperador Severo Alejandro). Su altura es similar a la de la primera.
- Finalmente, se han identificado diversos depósitos, datados a mediados de siglo III d.C., que se sitúan en la ladera occidental de la primera acumulación.

Las excavaciones de la misión española han permitido completar esta hipótesis (Remesal, 2011: 126-127). En primer lugar, en relación con la configuración de las diversas acumulaciones, que tendrían la forma de una superposición de plataformas escalonadas de dimensiones progresivamente decrecientes (como se puede observar en las Fig. 3 y 4). En segundo lugar, en relación con el proceso de relleno de los diversos sectores. En concreto, se ha sugerido que, una vez, completada la primera acumulación, se rellenarían los escalones intermedios, procediendo desde la zona superior hacia la inferior. Sólo en un momento posterior se iniciaría la formación de una nueva acumulación. Finalmente, también se han avanzado propuestas sobre los procedimientos utilizados para constituir los depósitos y asegurar la estabilidad del lugar. En este sentido, las excavaciones recientes han permitido identificar una serie de muros formados por hileras de ánforas dispuestas al tresbolillo y retranqueadas que servían para delimitar las zonas de descarga, facilitar la circulación hacia otros sectores del monte y asegurar la estabilidad del conjunto (Fig. 5).



3. Hipótesis de formación de las diversas acumulaciones que componen el Monte Testaccio; vista desde el este (Berni, en *Testaccio I*, 1998, fig. 111)



4. Reconstrucción ideal de la sección formada por las dos acumulaciones principales (*primigenia* -en forma de pirámide escalonada- y *adiecta*). En el recuadro superior se muestra un detalle del sondeo realizado en las campañas de 1989 a 1992 y se indica el muro de contención, formado por ánforas, descubierto en el lugar (Berni, en *Testaccio I*, 1998, fig. 107)



5. Detalle de uno de los muros de contención formados por hileras de ánforas y de los estratos depositados contra el mismo (fotografía A. Aguilera)

3 La especificidad del material cerámico

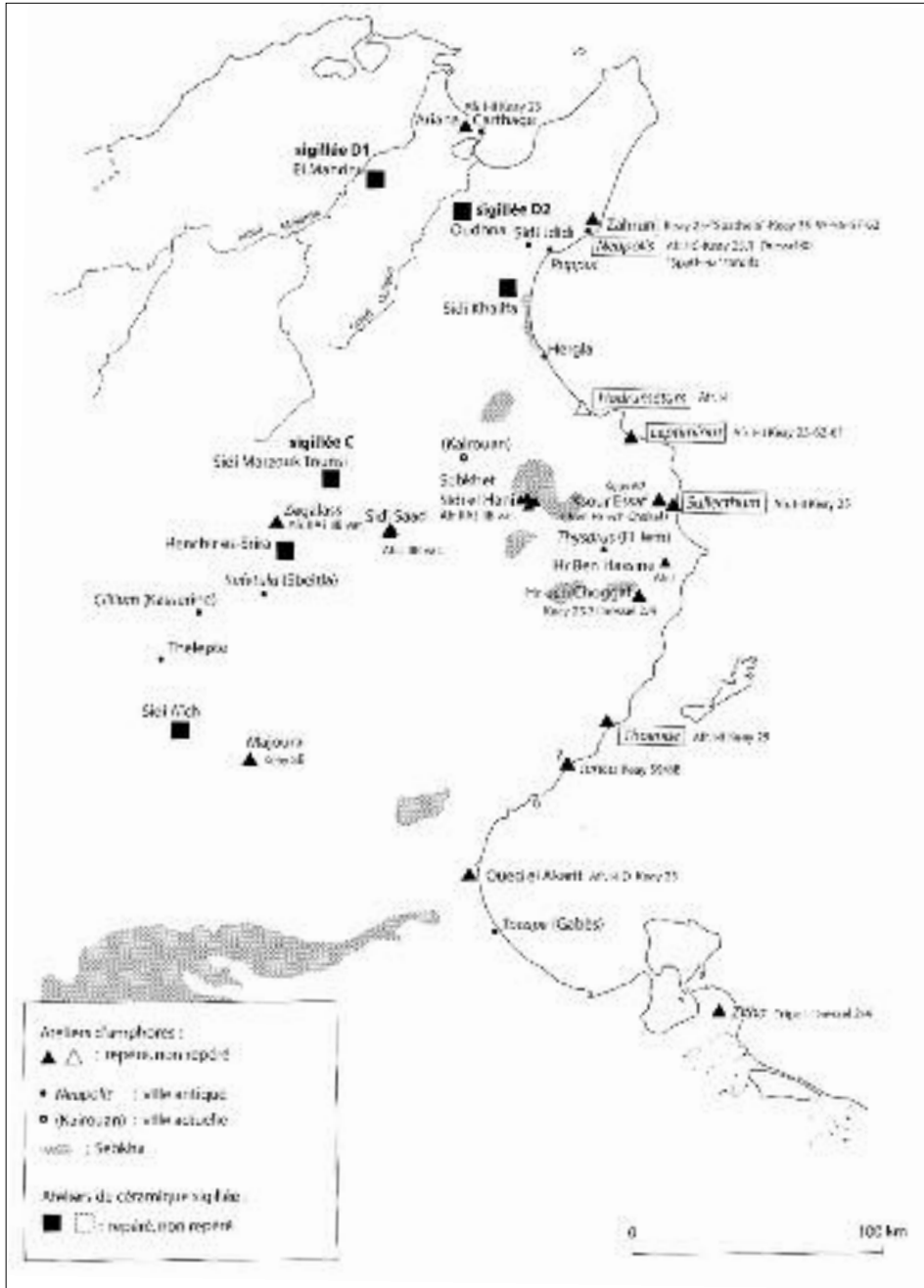
Como ya se ha indicado, el Testaccio está constituido, de forma prioritaria, por ánforas. No es, y esto es importante, un depósito formado por acumulaciones incontroladas de desechos domésticos, ni se puede relacionar tampoco, al menos en este caso, con una política específica de gestión de los residuos generados por la población de la capital. Confirma este extremo la práctica ausencia de vajillas de mesa, cerámicas comunes, material de construcción u otros elementos, como fauna, vidrio o monedas. Los escasos objetos recuperados (algunos fragmentos de platos de *terra sigillata* africana A y A/D, diversos tipos de cazuelas de cerámica africana de cocina, o alguna moneda) pertenecían, seguramente, al personal que trabajaba en el lugar y fueron depositados de forma intencional o por accidente, según los casos.

El repertorio de ánforas olearias identificado es relativamente limitado y presenta ciertas especificidades. La *provincia Hispania Baetica* está representada de forma casi exclusiva por un tipo: el ánfora Dressel 20. Se trata de un

contenedor de forma ovoide, de unos 30 kg de peso y una capacidad media de unos 70-75 l. Con una proporción del 80 al 85% del material anfórico recuperado, el ánfora Dressel 20 es el contenedor dominante en el Testaccio. Las cifras obtenidas en las diversas campañas, relativamente constantes, resultan de la cuantificación del peso del total de fragmentos recogidos y clasificados. Los porcentajes obtenidos, sin embargo, no pueden interpretarse como expresión literal de los volúmenes de aceite transportados y de la importancia respectiva de las diversas zonas exportadoras; basta tener en cuenta que los diversos tipos anfóricos norteafricanos eran muy ligeros y que tenían capacidades muy variables y, en algunos casos, superiores a las de un ánfora bética.

Este predominio confirma el carácter particular del Testaccio como verdedero. Este recipiente se fabricó en una gran cantidad de alfares situados en el curso medio del Guadalquivir y uno de sus afluentes, el Genil, entre los siglos I y III d.C. En este amplio periodo de tiempo su forma y los detalles de su tipología evolucionaron gradualmente y también se fabricaron otros tipos, pero ésta fue siempre el ánfora de aceite por excelencia de la Bética y se exportó a prácticamente todas las provincias del Imperio (Remesal, 1986 y 2011; Berni, 1998). Las ánforas Dressel 20, por otro lado, tienen la particularidad de presentar un aparato epigráfico muy complejo, constituido entre los siglos I y II d.C., que incluye formas de representación y elementos muy diversos (Remesal, 1986 y 1997; Rodríguez Almeida, 1989; Berni, 2008): sellos impresos, con indicaciones muy diversas (onomástica, indicación de *figlinae* y artesanos, toponimia relativa a propiedades, etc); grafitos de contenido también muy variado (con nombres, cifras, fechas de calendario o incluso elementos anecdóticos); *tituli picti*. Estos últimos constituyen un sistema en sí mismo que incluye indicaciones sobre los transportistas, el contenido o el proceso de control fiscal (lugares, funcionarios encargados); todo ello acompañado de dataciones consulares precisas. Estas, y otras ánforas destinadas a exportar productos agrícolas y salazones del sur de la Península Ibérica han sido estudiadas de forma exhaustiva en los últimos años (Blázquez y Remesal, 1980 y 1983; Berni, 1996; Carreras y Funari, 1998; AA.VV., 2000).

La segunda zona geográfica representada, por orden de importancia, es el norte de África (Fig. 6). Las excavaciones de la misión arqueológica española han permitido estudiar una serie de depósitos de ánforas que proporcionan una visión muy precisa, en términos de cronología, de la exportación del aceite norteafricano hacia Roma durante el principado. Sin embargo, la interpretación de esta evidencia, en particular, su importancia frente a las ex-

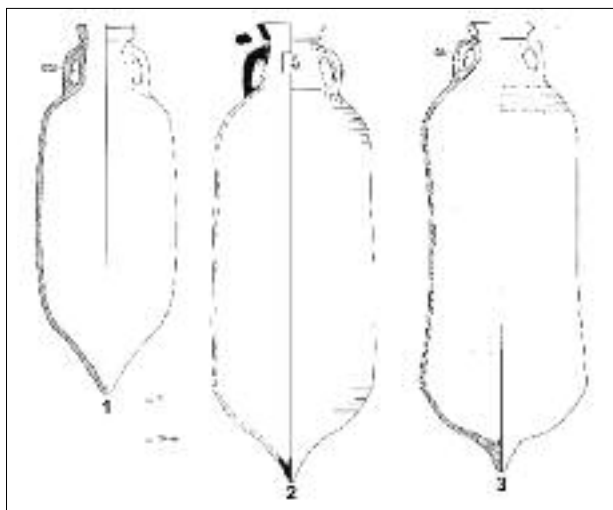


6. Centros artesanales dedicados a la fabricación de ánforas y vajillas de mesa de Túnez (Bonifay, 2004)

portaciones del aceite bético, es muy difícil. Los depósitos excavados hasta el momento corresponden a tres periodos bien definidos: mediados del siglo II, primer tercio del siglo III y mediados del siglo III d.C. Estas ánforas suponen una proporción muy variable del material total depositado en el lugar. En sondeos datados a mediados del siglo II suponen desde casi el 6% hasta casi el 19%. A inicios del III, las ánforas africanas constituyen en torno al 18% del material recuperado, para llegar hasta el 26% en los sondeos de mediados del siglo III. Sin embargo, estas proporciones no traducen directamente la importancia respectiva del aceite bético y norteafricano en el Testaccio. Por el contrario, la extrema diversidad de porcentajes, todavía más visible, en los diversos depósitos estratigráficos, sugiere que se trata de un fenómeno en gran parte aleatorio (Revilla, 2007a). Los cálculos basados en una evaluación aproximada de la capacidad de los diversos tipos de ánforas norteafricanas, algunas de gran capacidad, sugieren que el volumen de aceite norteafricano importado pudo sobrepasar los porcentajes que se deducirían de la evaluación directa del peso total de fragmentos anfóricos.

Los depósitos excavados incluyen una tipología muy variada de contenedores procedentes de territorios diversos: la costa occidental de la actual Libia (la Tripolitania), el litoral central de Túnez y algunos puntos del litoral argelino. La importancia respectiva de estas zonas es muy desigual y sólo las dos primeras parecen haberse vinculado muy pronto a un vasto circuito de exportación de aceite, y de otros productos, hacia Roma.

A la zona de la Tripolitania, corresponden las ánforas Tripolitana I y III, presentes en el Testaccio, respectivamente en los siglos II y III d.C. (Fig. 7).



7. Ánforas del litoral de Libia (Bonifay, 2004): 1 y 2, Tripolitana I; 3, Tripolitana III

Se trata de ánforas de gran tamaño, muy ligeras y de gran capacidad (hasta 85-88 litros en el caso de la Tripolitana I del siglo II) (análisis de las tipologías en Panella, 1973 y 1983; Manacorda, 1977; Keay, 1984; Bonifay, 2004). Los talleres que fabricaban estas ánforas se sitúan en el litoral libio, entre las ciudades de *Sabratha*, *Oea* y *Leptis Magna*, aunque también se ha señalado la existencia de alfares en el interior; en especial en la zona próxima a *Leptis Magna*. La gran difusión de estos tipos anfóricos puede explicar su imitación en algunos centros artesanos del litoral central y meridional de Túnez. Este extremo ha sido confirmado en las excavaciones del Testaccio, que han aportado algunos fragmentos de labio correspondientes a ambas formas cuya arcilla parece de origen tunecino.

La forma Tripolitana I es un recipiente caracterizado por un labio bajo, muy grueso y claramente separado del cuello por un escalón. El perfil de estos labios se articula en dos molduras; generalmente, la superior es aguda y estilizada, mientras que la inferior es redondeada; pero en algunos casos ambas molduras son redondeadas. En todos los casos la parte superior se proyecta hacia el exterior con un exvasamiento más o menos pronunciado. En general, los perfiles del siglo II son más abiertos y estilizados que los del siglo I (un buen ejemplo de estas últimas son las ánforas tripolitanas procedentes de Pompeya y cuya cronología final, por razones conocidas, no sobrepasa el año 79 d.C.). El cuello es siempre de poca altura y troncocónico. Algunos de los ejemplares mejor conservados muestran una separación clara, marcada por una estría, entre el cuello y la espalda, aunque pueden aparecer otras estrías. Las asas son de sección elíptica o casi redondeada, cóncavas en el interior y con aristas en el exterior. Su extremo superior se une al recipiente justo por debajo del labio. En las paredes internas del cuello se aprecian casi siempre una o dos perforaciones provocadas por la presión ejercida por el artesano para unir el asa.

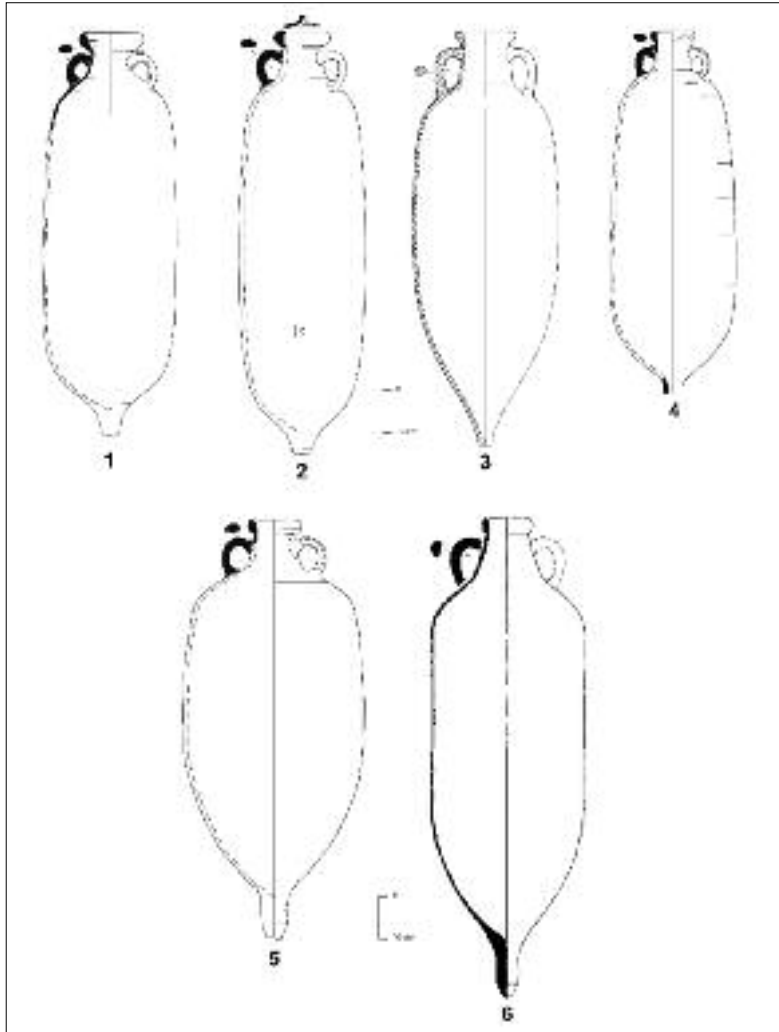
Por su parte, los recipientes de la forma Tripolitana III se caracterizan por un labio más alto y esbelto, y también muy exvasado. El perfil aparece notablemente simplificado respecto a la forma Tripolitana I: la moldura inferior, y con ella la distinción entre labio y cuello, se suaviza hasta casi desaparecer; la moldura superior se desarrolla hasta formar un pico afilado, recto o colgante, pero también puede presentar una silueta más redondeada y gruesa. De hecho, es posible encontrar una gran variedad de detalles que también se aprecia en lugares como Ostia (Panella, 1983). En el caso del Testaccio, la gran diversidad tipológica que muestran depósitos de una cronología muy precisa y muy breve parece reflejar más la variedad de talleres de procedencia

que una evolución formal de esta ánfora. Con todo, es posible encontrar diferencias entre las ánforas de finales del siglo II y las del siglo III avanzado. Tanto la Tripolitana I como la III se caracterizan también por un puntal hueco.

Finalmente, también se han identificado algunos fragmentos del tipo Tripolitana II, cuya forma general muestra una inspiración en las ánforas púnicas: un labio muy macizo y un perfil que alterna molduras redondeadas y formas agudas; asas pequeñas situadas en el cuerpo y no en el cuello, etc. Su presencia en el Testaccio, siempre en cantidades reducidas, ya había sido señalada por algunos investigadores. Esta escasa representación se podría explicar por su uso habitual como contenedor de salazones, aunque tampoco puede excluirse que sirvieran ocasionalmente para el transporte de aceite.

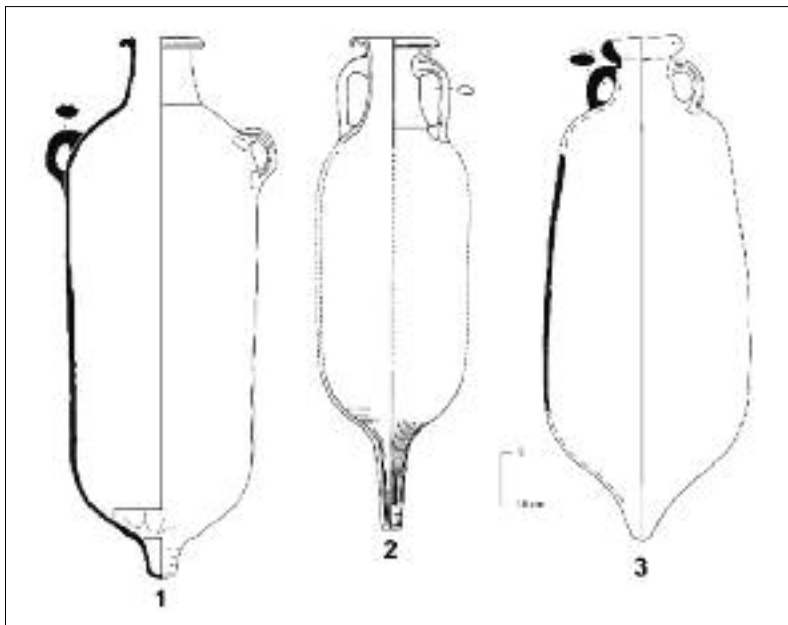
En el caso del litoral del actual Túnez la situación es más compleja. Para la exportación del aceite de esta zona se utilizaron diversos contenedores a lo largo de época imperial y algunos de ellos coexistieron durante periodos de tiempo prolongados. Esta diversidad se aprecia claramente en los niveles datados entre mediados de siglo II y mediados del III d.C. del Testaccio, donde se han identificado una gran cantidad de formas: Africana IA y IB, Africana II (con sus variantes A, B, C y D), Ostia XXIII, Ostia LIX, etc. (Fig. 8). Pero la importancia cuantitativa de cada tipo es muy desigual. Algunos de ellos parecen específicos de un momento, lo que se aprecia en los porcentajes de material recuperado: la Africana IA (Fig. 8, núm. 1) sería el recipiente de transporte tunecino típico del siglo II, mientras que la Africana IB parece dominar el siglo III (Fig. 8, núm. 2). Por el contrario, otros tipos son minoritarios en el Testaccio, como la Ostia XXIII y la Ostia LIX. Este hecho plantea un problema interesante, ya que estos últimos son recipientes relativamente abundantes en estratigrafías datadas en el siglo II en Ostia, el puerto vinculado directamente al abastecimiento de la capital (Panella, 1983). Finalmente, algunos tipos son prácticamente testimoniales, como algunas de las llamadas ánforas africanas precoces; por ejemplo, las formas *Carthage Early Amphora IV*, *Hammamet 1* o *Pupput T700.4* (Fig. 9), todas ellas propias del siglo II. Más allá de la aparente diversidad, por tanto, parece que la exportación de aceite del litoral tunecino supuso, como en Tripolitania, el empleo preferente de unos pocos recipientes de características homogéneas que serían fabricados de forma generalizada en los talleres de la región. Este fenómeno parece la respuesta del artesanado local a las necesidades generadas por un proceso de producción y exportación de aceite a gran escala.

El estado fragmentario del material cerámico recogido en las excavaciones españolas no permite aportar excesivas novedades a la tipología de las di-



8. Ánforas del litoral de Tunes (Bonifay, 2004): 1, Africana 1A; 2, Africana 1B; 3, Ostia LIX; 4, Ostia XXIII; 5, Africana IIA; 6, Africana IIC

versas ánforas tunecinas (Bonifay, 2004). A cambio, las estratigrafías del Testaccio permiten definir los detalles que presentan cada una de estas formas y situarlos con una gran precisión cronológica. En el ánfora Africana IA, el labio se dispone a modo de anillo, alto, exvasado y claramente destacado respecto al cuello; su perfil es redondeado al exterior y recto o, más raramente, cóncavo en la parte interna. El cuello es troncocónico, estrecho y corto, con una altura que oscila entre 6 y 9 cm; en ocasiones se separa del cuerpo del recipiente con una estría bien marcada. Las asas son pequeñas, de sección elíp-



9. Ánforas del litoral de Túnez (Bonifay, 2004): 1, Hammamet 1; 2, Carthage Early Amphora IV; 3, Pupput.T700.4

tica y presentan leves estrías en la cara externa. Pertenecen a la misma forma algunos pivotes macizos y cortos y con una superficie de apoyo plana o levemente apuntada. La mayoría presentan amplias señales estriadas producidas por un instrumento en el momento de unir esta parte al cuerpo del ánfora. Por su parte, la Africana IB se caracteriza por un labio bajo y robusto, de 3,2 a 4 cm de altura y de 8,6 a 11,4 cm de diámetro. El cuello, separado del cuerpo por una estría, es corto y estrecho; su altura oscila entre 6,5 y un máximo de 7,5 cm Las asas son muy pequeñas, levemente realzadas, de sección aplastada y marcadas con estrías.

El ánfora Africana II es la que muestra una mayor diversidad tipológica y, en este sentido, el material recogido en las excavaciones ayuda a precisar las relaciones y la cronología de cada variante. Con todo, también en este caso se trata de fragmentos que tan sólo permiten algunas apreciaciones de detalle (Fig. 8, núms. 5-6). La presencia de ciertas variantes en el monte plantea, además, algunos problemas. Este es el caso de la Africana IIA, un recipiente que parece haber contenido conservas de pescado. Este hecho explicaría, *a priori*, su escasa representación en el lugar. Sin embargo, en los estratos de mediados del siglo III excavados entre 1995 y 1997 se localizó una cantidad significativa de ánforas Africana II atribuibles a diversas variantes, un hecho

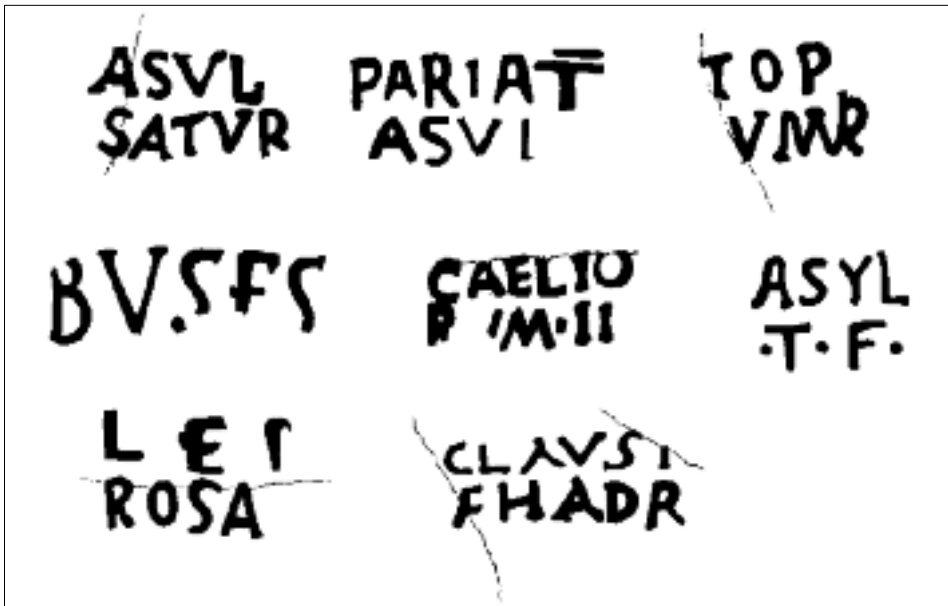
que obliga a la prudencia y que debe interpretarse a la luz del carácter particular de los procesos de gestión del material que se desechara (Revilla, 2007b). Hay que indicar, además, que se trata de un ánfora de grandes dimensiones y de gran capacidad. Su presencia regular en contextos de siglo III, por tanto, podría indicar algún tipo de cambio en las exportaciones de aceite procedente del litoral tunecino. Sin embargo, es imposible evaluar exactamente el significado de este hecho, ya hasta el momento, como se ha indicado, sólo se han identificado cantidades significativas de estas ánforas en los depósitos de mediados del siglo III y estos depósitos tan sólo se han localizado en un punto concreto del monte.

La gran mayoría de recipientes indicados se fabricó en los talleres del litoral central tunecino, en la periferia o el territorio cercano a ciudades como *Sullechtum*, *Leptis Minus* y *Hadrumentum* (actual Sousse). La procedencia de estos lugares está atestiguada por la notable cantidad de sellos que han aportado los tipos Africana I y II del siglo III d.C. Sólo algunas ánforas podrían provenir de la zona de Cartago y la península de Cap Bon (tipos *Carthage Early Amphora IV* o *Hamammet I*) (Keay, 1984; Bonifay, 2004). Esta concentración geográfica es un indicio más de que la exportación del aceite tunecino es un movimiento a gran escala, que responde a una particular combinación de factores económicos y políticos, y no al juego exclusivo de los mecanismos del mercado libre. A la vez, no hay que olvidar que la exportación de aceite africano se relaciona con la exportación a gran escala de otros productos a lo largo de todo el periodo imperial (Mattingly, 1988a-b y 1993; Bonifay, 2004: 477-489; aspectos generales en Whittaker, 2000: especialmente 531 y ss.; además Ben Moussa, 2007). Algunos, prácticamente indetectables, debieron ser más importantes; caso de los cereales. Otros, como las vajillas de mesa o las cerámicas comunes y de cocina, fabricadas y exportadas masivamente durante varios siglos, aparecen como un fenómeno que aprovecha las condiciones que generaban los circuitos de redistribución relacionados con las necesidades estatales. En cualquier caso, la prospección sistemática de ciertos territorios en las últimas décadas (Sahel tunecino, litoral libio entre *Sabratha* y *Leptis Magna*) ha mostrado la magnitud económica de la producción de aceite, una magnitud materializada en la gran densidad de asentamientos y de instalaciones de prensado. La generalización y la diversidad de estas instalaciones (en numerosos casos, de unas dimensiones y una complejidad notables) es el resultado de la aplicación de fuertes inversiones y de formas de gestión a gran escala. Detrás de estas estrategias y sistemas de producción, que explican el desarrollo global de la agricultura africana desde los siglos I y II en adelante, aparecen los intereses de una clase de grandes

propietarios rurales, bien atestiguados en algunas zonas; como también está atestiguada la presencia de extensas propiedades imperiales (Whittaker, 2000: 536 y ss., que sigue los estudios de D. Mattingly).

Finalmente el Testaccio también ha aportado algunas ánforas procedentes de *Mauretania Caesariensis* (el tipo Keay I), quizá destinadas a vino. Su presencia en el monte es absolutamente minoritaria por el momento. La aportación más original de este conjunto es que, en ocasiones, los sellos de estas ánforas incluyen referencias topográficas a ciudades o incluso a la misma provincia *Caesariensis*. Estas referencias geográficas ya habían sido identificadas por el propio H. Dressel.

Las ánforas norteafricanas también presentan un aparato epigráfico desarrollado, formado por sellos, grafitos y *tituli picti*. Aunque no es tan complejo como el caso bético, este sistema presenta elementos muy originales y una cierta diversidad regional, especialmente perceptible en los sellos (*tituli picti* en: Aguilera y Revilla, 2005; Aguilera, 2007). Los talleres del litoral central tunecino o de la costa argelina, por ejemplo, utilizan frecuentemente nombres geográficos (ciudades) en los sellos y esta práctica parece bastante generalizada a lo largo de la primera mitad del siglo III; aparentemente, con una mayor intensidad en el segundo cuarto de la misma centuria (Fig. 10). En el caso de la Tripolitania, la práctica de utilizar inscripciones parece concentrar-



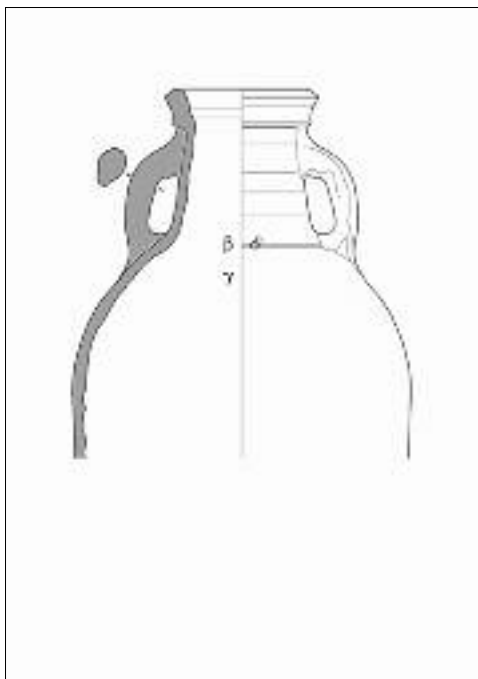
10. Sellos sobre ánforas del litoral central de Túnez (Remesal, en *Testaccio V*, 2010)

se en época de los Severos y los elementos representados son onomásticos y jurídicos, con una especial atención a la indicación de la condición de senador (*clarissimus vir*) de algunos personajes. También aparecen, con relativa frecuencia, los emperadores; en concreto Septimio Severo y sus hijos Caracalla y Geta (Manacorda, 1976-1977 y 1983). Como se señalaba con anterioridad, en el caso de Túnez, este hecho indica la existencia de intereses de los grandes propietarios en la producción y distribución del aceite norteafricano y, en última instancia, la riqueza que generó la olivicultura. Este factor, entre otros, explica el ascenso social y político de las élites norteafricanas en el siglo II d.C. y, en última instancia, la llegada al poder de una dinastía del mismo origen: los Severos. La práctica de utilizar representaciones epigráficas en las ánforas norteafricanas del Testaccio se prolonga hasta mediados del siglo III; por lo menos así lo confirman los depósitos de esa cronología con una gran cantidad de sellos atribuibles a la zona entre *Hadrumentum* y *Sullechtum*. En abierto contraste con este hecho, las ánforas norteafricanas de los siglos IV a VI apenas incluyen epigrafía impresa (Bonifay, 2004).

La novedad más importante que aporta el estudio de las ánforas norteafricanas, en lo que respecta a la epigrafía, es la identificación de un sistema de *tituli picti* muy complejo, tanto en las ánforas tunecinas como en las tripolitanas (Fig. 11). Estas inscripciones de documentan ya en el siglo I; concreta-



11. *Titulus pictus* sobre ánfora tripolitana (Aguilera y Revilla, 2005)



12. Esquema de disposición de los diversos componentes de un *titulus pictus* sobre una ánfora tripolitana (Aguilera y Revilla, 2005)

mente, en las ánforas Tripolitana I de Pompeya. La información actualmente disponible permite identificar los siguientes elementos, siempre en la espalda del recipiente (Fig. 12). En primer lugar, diversas letras escritas con una paleografía cuidada de grandes trazos y en tinta roja, quizá equivalente al *titulus* beta de las ánforas olearias béticas, que podrían interpretarse como las iniciales de *tria nomina* y que en ocasiones se acompañan de lo que parece la indicación de status del personaje: *c(larissimus) v(ir)*; en segundo lugar, un numeral, situado bajo el anterior, que parece indicar el peso neto del aceite envasado, escrito igualmente con tinta roja (equivalente al *titulus* gamma de las ánforas béticas); finalmente, un texto en tinta negra, escrito de forma oblicua, que puede desarrollarse en varias líneas y que contiene nombres en genitivo (siglo II). Esta estructura, formada por elementos onomásticos e indicaciones de cifras, aparece perfectamente constituida en la primera mitad del siglo II y, en este sentido, puede hablarse de la existencia de un verdadero sistema en este momento, distinto de los textos reducidos y difícilmente descifrables del siglo I. A estos elementos se pueden añadir textos de naturaleza diferente identificados únicamente (por el momento) en ánforas tripolitanas: indicaciones de carácter numérico que parecen relacionadas con la recepción de las ánforas en los *horrea* de Ostia o de Roma (Aguilera, 2007).

Al igual que sucede con los *tituli picti* de la Bética, estas inscripciones parecen relacionarse con la organización y el control de la exportación de productos agrícolas hacia Roma, un proceso incentivado de varias formas por el estado romano. Sin embargo, los dos sistemas, bético y norteafricano, presentan rasgos originales y no puede excluirse que las aparentes semejanzas en la organización de los elementos escondan diferencias de significado profundas. Tampoco puede establecerse la frecuencia de esta práctica en el norte de África, donde, además, se perciben ciertas particularidades. El hábito parece desarrollado y sistemático en lo que respecta a las ánforas tripolitanas, mientras que se ha recuperado un menor número de inscripciones sobre las tunecinas; pero esto podría deberse simplemente a los problemas de conservación e identificación de las inscripciones, mucho más frágiles y difíciles de restituir en los recipientes tunecinos y, globalmente, en el caso africano, frente a las béticas. En segundo lugar, los *tituli picti* norteafricanos parecen hacerse mucho más complejos en el siglo III al aumentar el número de elementos y variar el carácter de la información incluida en ellos; un proceso paralelo al que siguen las inscripciones béticas. Una cuestión fundamental, todavía pendiente de solución, es hasta que punto el sistema bético, que parece más antiguo en el tiempo y más complejo, pudo haber influido en el desarrollo de las inscripciones africanas.

Junto a las ánforas béticas y norteafricanas, en el Testaccio se ha identificado un conjunto variado, pero cuantitativamente muy reducido de ánforas de procedencias diversas: Gauloise 4, Dressel 2-4 itálicas, ánforas lusitanas y ánforas orientales (de las islas del Egeo y microasiáticas). En general, son ánforas de vino y su presencia en el monte debe interpretarse como un hecho accidental: en términos absolutos, y atendiendo al peso de los fragmentos, estas ánforas suponen desde algo menos del 0,5 hasta casi el 3% del total del material anfórico. También algunas de las ánforas galas y orientales han proporcionado *tituli picti*. Esta práctica era conocida por lo que hace a las ánforas galas (que incluyen referencias a tipos de uva y calidades del vino, onomástica, etc.), pero no se había constatado claramente en el caso de las ánforas orientales. Los pocos ejemplos conocidos muestran que los textos se escribieron en griego.

4 Problemas y posibilidades de análisis de los depósitos estratigráficos del Testaccio

El estudio de las ánforas del Monte Testaccio y de sus sistemas epigráficos presenta ventajas muy importantes para intentar “construir” una historia de las relaciones entre economía y estado romano, ya que se trata de un material muy abundante y relacionado directamente con dataciones muy precisas. Es también un material depositado de forma ordenada, lo que hace suponer una estricta contemporaneidad. El estudio de este material proporciona una gran cantidad de información, a dos niveles:

En primer lugar, unas tipologías anfóricas bien datadas y con una gran cantidad de variantes, que se han recogido en una serie de depósitos definidos, que se escalonan entre los siglos II y mediados del III. Esto permite precisar el momento de introducción y la evolución de algunos tipos hispanos, africanos y orientales. Incidentalmente, la gran cantidad de material, que procede de talleres diversos, permite “relativizar” la importancia concedida tradicionalmente a la clasificación de detalles tipológicos; tanto más cuanto que se trata de recipientes de fabricación masiva en ciertas regiones a lo largo de varios siglos.

En segundo lugar, la naturaleza de los depósitos cerámicos plantea la posibilidad de construir series de datos significativos en términos sociales, económicos, culturales o administrativos; series bien encuadradas cronológicamente. Esta situación es absolutamente excepcional en disciplinas como la arqueología o la epigrafía, esenciales para la historia antigua por su aportación continua de nuevos documentos. Esta información afecta a diversos campos: la historia social (a través de la onomástica), la economía (la agricultura, la organización artesanal, el comercio, la propiedad rural, los intereses de las élites), las estructuras administrativas y políticas (a través del personal encargado, su organización y distribución) o la cultura.

La cantidad, diversidad y precisión de la información acumulada en el Testaccio ha generado la tentación de interpretar el lugar como un archivo que permitiría explicar directamente procesos administrativos relacionados con la producción, la distribución y el consumo de productos alimentarios en la capital del Imperio; en este sentido, se ha hablado específicamente de “archivo fiscal”. Sin embargo, esta enorme acumulación de documentación epigráfica (y, de modo más específico, los *tituli picti*) incumple las condiciones básicas de lo que se entendería por un archivo: por un lado, la conservación intencional del documento con vistas a una utilización futura; por otro, la existencia de un orden y una jerarquía interna de la documentación. Estos

principios, que suponen el desarrollo de una lógica organizativa, son determinados por las necesidades prácticas –y regulares– de gestión y de registro de la memoria de una administración. Esto se traduce en la creación de series de documentos, con una tipología y una jerarquía definidas. Esta situación no se da en el caso del Testaccio.

En realidad, el monte es, ante todo, un vertedero y el orden que muestran sus depósitos no puede mostrar directamente las estructuras y los procesos que llevaron a su constitución. El orden de estos vertidos es aleatorio, en tanto que responde a factores de gestión de materiales de desecho y, en estas condiciones, los documentos conservados no forman series reconocibles, ordenadas y completas; tan sólo constituyen un reflejo fragmentario y distorsionado, debido a la conservación accidental y parcial de la documentación, de una realidad material y administrativa. Con todo, es innegable que los datos recogidos en las inscripciones pintadas son de una importancia fundamental, ya que muestran algunos aspectos relacionados con los procesos de control fiscal (son elementos de un sistema de registro más amplio), su organización interna, su proyección a escala imperial y su evolución. En última instancia, la secuencia de datos elaborada a partir de las estratigrafías del Testaccio, así como la riqueza y la cantidad de los datos disponibles permiten elaborar hipótesis complejas sobre el funcionamiento y la evolución de esta realidad administrativa.

La especificidad del Testaccio como depósito también plantea problemas de análisis e interpretación importantes. ¿Qué problemas pueden señalarse? En primer lugar, se trata de un vertedero selectivo, que corresponde a un solo producto manipulado y distribuido en función de la combinación entre las necesidades políticas e ideológicas de un estado, por un lado, y las necesidades cotidianas que plantea abastecer una gran masa de población, por otro. No refleja, por tanto, los procesos generales de demanda-abastecimiento de productos alimentarios (vino, cereales, salazones) o de otros bienes en la capital. Tampoco refleja directamente los ritmos y el volumen de aceite en circulación y sus variaciones en el tiempo, los cambios entre regiones productoras, etc., aunque sí ofrece un indicador mínimo de la entidad de un proceso y de la importancia de un producto relacionado con el abastecimiento de Roma. El problema fundamental es, en última instancia, que el vertedero se relaciona con procesos administrativos (y necesidades ideológicas) cuyo impacto en la organización de las descargas no se puede evaluar. No se pueden reconstruir los procesos de toma de decisiones y determinar, por ejemplo, como, y a que ritmo, se trasvasaba el aceite de los lotes de ánforas béticas y afri-

canas a nuevos contenedores para su distribución a la población, generando así una masa de material de desecho que debía gestionarse. En cualquier caso, existía, sin duda, un control riguroso de estos procesos.

En segundo lugar, debe tenerse en cuenta que los procesos de descarga también responden a necesidades mecánicas, relacionadas con la estabilidad de los depósitos. El carácter aleatorio de la información recogida en los sondeos se aprecia en el caso de las ánforas africanas, distribuidas de modo uniforme, a modo de estratos, cuya razón de ser no es un mayor volumen de importaciones de aceite africano en un momento determinado, sino la necesidad de crear superficies de circulación en ciertos lugares. Esto provoca oscilaciones importantes en las cantidades de material presentes en niveles o depósitos de diferente cronología y situados en lugares específicos del monte. En ningún caso puede interpretarse estas oscilaciones como reflejo de variaciones en los circuitos de distribución que abastecían la capital.

En tercer lugar, el mismo volumen de datos disponibles hace difícil la comparación con otras situaciones. Los porcentajes de presencia de ánforas y regiones productoras en el lugar no se pueden relacionar con ningún otro caso (por ejemplo, con los cargamentos de pecios o con los depósitos estratigráficos de otros lugares clave para entender el aprovisionamiento de Roma, como Ostia) porque las cantidades no son comparables en absoluto (Revilla, 2007b). Por otro lado, se conoce la existencia de acumulaciones similares en otros lugares de Roma, actualmente desaparecidas. La composición de estas acumulaciones (que, cabe imaginar, responderían a mecanismos comerciales y administrativos semejantes) completaría nuestra imagen del aprovisionamiento de Roma, pero estos lugares no han dejado huella. Finalmente, y en este mismo sentido, también debe relativizarse el valor (la representatividad) de la gran cantidad de documentos epigráficos recogidos en los sondeos realizados hasta el momento (una veintena hasta el año 2010) si se compara con la masa total del monte y se tiene en cuenta que tan sólo se dispone de datos de una serie de periodos muy específicos y breves.

El Testaccio es, en resumen, un reflejo parcial de procesos de gestión administrativa de la producción, el transporte y la redistribución de ciertos productos que el estado romano consideraba estratégicos. A través de esta gestión, el estado podía intervenir en la economía y lo hacía de una forma sofisticada, a través de mecanismos que evolucionaron con el tiempo y que contribuyeron al desarrollo de un sistema de interdependencia regional y provincial (Remesal, 2011). Partiendo de esta constatación, la importancia del estudio de los depósitos del Testaccio reside en la posibilidad de combi-

nar una cantidad enorme de datos arqueológicos y epigráficos bien estratificados con otros tipos de evidencia (jurídica, onomástica, literaria) para construir hipótesis complejas sobre las relaciones entre economía y política en el mundo romano. En este sentido, el Monte Testaccio constituye un referente documental único, a la vez que un ejemplo excepcional de la capacidad organizativa e integradora del Imperio Romano.

